

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

SERMON

para la festividad del Corpus.

Hæc quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis.

Hoy conmemora la España cristiana el hecho mas tierno y trascendental de la vida santísima de Jesucristo. Hoy es la fiesta eucarística por excelencia. La Iglesia católica se viste de sus mejores galas, y pide á la poesia sus himnos mas entusiastas y á la música sus notas mas bibrantes para celebrar la paternal y amorosa soberanía de Jesucristo, sacramentado. La fiesta del Corpus tiene para seducir las inteligencias todos los atractivos del corazón. ¡Cómo se revela en esta gozosa solemnidad el esplendor del culto católico y su mágica influencia en el espíritu humano!

Aquí es donde la fé brilla, se afirma la esperanza, y se encienden mas y mas las vivas llamas de la caridad. No apartemos la vista de ese trono donde adoramos al Dios de nuestra fé, de nuestra esperanza y de nuestro amor. Y fija la mirada en el augusto Sacramento, apliquemos nuestro corazón á meditar *el origen de esta festividad, el motivo de su institución y el fruto que debemos sacar de esta hermosa solemnidad.*

La fiesta del Corpus ha sido instituida por la Iglesia católica para honrar de una manera especial á Jesucristo, su divino Esposo, en el sublime trono de sus divinos amores.

He aquí la historia de esta institución tan gloriosa para el Redentor del mundo y tan provechosa á los católicos.

A principios del siglo XIII vivia

en el hospital del monte-cornillon una joven religiosa, tan devota del Santísimo Sacramento, que no comprendía como los cristianos, poseyendo este celestial y riquísimo tesoro, podían amar ninguna otra cosa en el mundo. Cada día que comulgaba era para ella una gozosa festividad y cada comunión un nuevo festín ofrecido á su alma por el Amado de su corazón; y aquella humildad encantadora, y aquella pureza angelical, y aquellas lágrimas como perlas que rodaban por sus hermosas mejillas cuando se acercaba á comulgar, revelaban con estremada elocuencia el fuego del amor divino que ardía en su corazón y el gusto anticipado de las inefables y eternas delicias que experimentaba su enamorado espíritu en su devoción extraordinaria al Santísimo Sacramento, en su abrasado celo por la honra y gloria de Jesucristo sacramentado, anhelaba porque todas las riquezas y tesoros del mundo se emplearan en adornar los templos católicos y embellecer los altares donde el Rey de los reyes ha puesto su trono para conversar con los hijos de los hombres.

Ocupado estaba el espíritu de la virtuosa doncella en meditar el profundo y suavísimo Misterio

eucarístico cuando el Señor se dignó favorecerla con una visión que no comprendía y que llenó su corazón sensible de la más amarga pena. Vió la luna en su plenitud, pero con una brecha ó agujero en el centro de su plateado disco. La joven religiosa, no pudiendo comprender el sentido de la misteriosa visión, sospechó si sería un ardid del espíritu de las tinieblas que intentaba apartarla de la oración con extrañas ilusiones. Empleó los recursos más eficaces para echar de su espíritu aquella imagen que tanto la importunaba, pero todo en vano. Apenas se ponía en oración, presentábase á su mente la misma enigmática imagen y no podía ella descifrar el enigma ni sus sabios directores supieron descubrir su misterioso sentido. Avida de conocer este arcano, redobló su fervida oración, y aquel Maestro de los saberes que tiene sus delicias con los humildes y niega la luz de su gracia á los soberbios, aquel divino y único Revelador que se complace en manifestar los secretos de su divinidad á las inteligencias humildes y á los corazones limpios, al paso que, por un justo castigo, suele cegar y confundir á los sabios presuntuosos y á los prudentes según la carne, se dignó

enviar á la humilde heroina de la caridad un rayo de su divina luz que iluminó por completo la nube de la misteriosa vision.

La luna representaba á la Iglesia católica y el agujero que se notaba en el centro de la reina de la noche, significa la falta de la fiesta particular y solemne del Santísimo Sacramento y la necesidad de su institucion para llenar este vacío en la disciplina de la Iglesia.

La voluntad de Dios estaba manifiesta. Algunos años despues el Papa Urbano IV espidió una Bula para que en toda la Iglesia se celebrase el adorable misterio de la Eucaristia con la mayor solemnidad posible por espacio de ocho dias; y para escitar la devocion de los fieles y reanimar la fé de los cristianos en el mas simpático y sublime de nuestros misterios, concedió á los que asistieran á las primeras vísperas de la fiesta, á los maitines ó á la misa, y á las segundas vísperas, cien años de indulgencia cada vez, cuarenta años por la asistencia á cada una de las horas menores y cien dias á todos los que asistieren á las vísperas, á los maitines, á la misa, ó á las horas menores del oficio divino durante la octava.

El Papa Clemente V confirmó

solemnemente, el año 1311, la Bula de institucion expedida por Urbano IV; lo mismo hizo el Papa Juan XXII, cinco años despues, y desde entonces se ha celebrado esta fiesta con todo el esplendor y magnificencia que sabe desplegar el culto católico, con una octava solemnisima y con una procesion pública en la cual es llevado en triunfo el que tiene su trono en las nubes y se sienta sobre las cabezas de serafines.

La Iglesia, celebrando con tanto esplendor esta festividad, se propone tres cosas de la mayor importancia: desagraviar á Jesucristo de los ultrajes que sufrió de parte de los judios en las calles de Jerusalem, así como de las profanaciones é irreverencias que cometen los malos cristianos durante la procesion en las calles, en las plazas, en los balcones y luego en los templos en presencia de aquel Dios, que si mira de reojo á la tierra, la tierra se estremece, y si toca los montes, los reduce á pavesas; proclamar y celebrar públicamente el triunfo de Jesucristo y de la Religion sobre los enemigos del dogma eucarístico y del orden sobrenatural; y, por último, encender en los corazones y en las entrañas de la sociedad el fuego del amor divi-

no cuyo foco inextinguible es la Santa Eucaristía, amor fecundo y maravilloso que engendra los Santos, flor y nata de la humanidad, que produce ángeles de la tierra, graciosas vírgenes que se entregan al casto amor de su ideal Jesucristo, hermanas de la Caridad, hermanitas de los pobres, siervas de Jesús, adoratrices ó esclavas del Santísimo Sacramento, rosas nacidas en el jardín eucarístico que exalan sus aromas en los hospitales, en los asilos, donde consagran su existencia al alivio del anciano, del huérfano, del enfermo; donde se emplean con abnegación heroica en curar llagas hediondas, llagas del cuerpo y llagas del alma, arrancando al vicio y á la muerte las víctimas sacrificadas por la corrupción y el desenfreno en aras de esa nefasta divinidad llamada civilización moderna. Amor sublime, caridad divina que si prendiera en todos los corazones, si se buscara en su divino foco, la Santa Eucaristía convertiría á los hombres en ángeles, la sociedad en un paraíso y la tierra en un cielo.

Tales son los frutos que produce la Eucaristía para alivio y remedio de las llagas sociales. Aprovechaos de esta gozosa festividad, honrad á Jesucristo en

el trono de su amor, negociad con este Señor tan rico como generoso, y lucrareis gracias y dones más estimables que el oro y los topacios. La Iglesia abre para sus hijos el tesoro de sus indulgencias, y son muchas y muy preciosas las que podeis ganar, teniendo fé, y cumpliendo las condiciones que ha señalado en virtud de su autoridad soberana. Sobre todo amad á Jesucristo que es todo caridad, recibid en vuestro pecho este amor sacramentado, cultivad los dones eucarísticos, y que brille vuestra fé en las calles y plazas, en público y en privado para que todos glorifiquen á Jesucristo, salvador de las almas y de las naciones, juez eterno de vivos y muertos. Así lograreis dichas y consuelos en el tiempo y coronas inmortales en eternidad, Amen.

El Maestro Cerote.

Conclusion.

—Señora, la verdad es que para vivir contento y tranquilo en este mundo solo hace falta un poco de pan y un mucho de buen ánimo.

—Y un *mucho más* de gracia de Dios, saltaba la tía Cerota.

—Eso se supone.

—No basta suponerlo; es menester pedirlo.

—Manuela, no seas exagerada. No me

gustan los fanatismos. *ab cubico 15 2nd*

—Ni á mí las *dotorerías*. *ab cubico 15 2nd*

—Te has metido demasiado en la mística.

—Vaya V. á remendar zapatos, ¿qué entiendes tú de eso?

—Sí señor, que entiendo; entiendo que para ser hombre de bien y no tener ambición, ni vanidad, ni soberbia, ni amor á lo ajeno, como tienen ciertas gentes, no se necesita ser místico.

—¡Ah, ganso! ¿dónde has oído eso?

Porque tú eres muy aficionado á repetir lo que oyes; especialmente cuando no lo entiendes. Pues ¿sabes Facorro lo que te digo? que los hombres de bien al *natural*, así como tú te los imaginas, solo suelen serlo mientras la ocasión no se presenta ó mientras las pasiones no les pinchan.

El que desdeña la piedad y la oración que hace llover las gracias del cielo, está muy expuesto á que la honradez se le seque á las primeras de cambio; porque aunque Dios haga llover sus gracias que son la fuerza del alma, sobre justos y pecadores, para los vanos y los ingratos tarde que temprano se cierra el grifo.

—Vaya, fuera disputas y venga la guitarra, saltaba María.

Y volvía á oírse la voz de la zapate-rilla.

Son los hombres relojes estropeados, compuestos por la gracia de Cristo santo,

Quien la desdeña verá como en su pecho para la péndola.

La de las arrogantes virtudes del tío Cerote necesitó poco para pararse, como

ván á tener lugar de ver nuestros lectores.

Es un caso gracioso, que demuestra cuán verdad es lo que cantaba Mariquita; esto es, que el reloj de nuestro corazón no anda mucho tiempo en regla sin esa fuerza que viene á cada instante desde el cielo á darle cuerda, y que á cada instante debemos solicitar por medio de la piedad y de la humilde oración; que era á lo que el asnisimo tío Cerote llamaba la *mística*.

Era una noche de verano y la familia del remendon había dado de mano á sus tareas, disponiéndose á cenar un gazpacho andaluz de dificultosa sustancia; pero sazonado con esa alegría que suele ser el privilegio esclusivo de los pobres que viven bien avenidos con su pobreza.

Eran las nueve próximamente: el tío Cerote había salido á cobrar unas composturas, y su mujer, su hija y su yerno le esperaban con la mesa puesta.

De pronto levantaron la cabeza y se lo vieron entrar con el rostro alterado de un modo extraño; no se sabía si el remendon iba á llorar ó á reírse; verdad que esto no podía llamar la atención porque era muy feo.

¿Qué te pasa?—exclamó la tía Cerota.

—Silencio, dijo el remendon con aire misterioso; y se introdujo en el cuarto.

Toda la familia se precipitó tras él.

¡Manuelal! ¡Manuela mía!—dijo volviéndose de repente hácia su mujer: somos ricos, muy ricos, riquísimos; somos millonarios.

La tía Manuela abrió la boca.

El yerno abrió los ojos.

Mariquita se quedó estupefacta.

—Mirad—continuó el tío Cerote, sacando un paquete de papeles y arrojándolos encima de la mesa.

¿Qué es eso?

—Billetes de banco de á cuatro mil reales. Importan dos millones. Son nuestros, acabó de encontrármelos.

Aquellas cuatro palabras fueron cuatro tiros. La tía Cerota cayó insultada; Margarita se puso muy pálida; Quico tuvo que apoyarse en la pared.

—¿Qué es esto señores? exclamó el remendon con entereza, como el capitán que anima á su gente en el peligro. ¿Vamos á morirnos todos por habernos hecho ricos? Tendría gracia. ¡Manuela, ¡Manuela! gritó tratando de despertar á su mujer.

La tía Cerota permaneció insultada.

—¿Si será un ataque de apoplejía? pensó Mariquita lanzándose á la calle en busca de un médico, sin acordarse ya de los millones.

El remendon no se afligió tanto.

Dos amores se excluyen; el del dinero había excluido algo al de su mujer.

—Eso no será nada, dijo al yerno.

El yerno convino en lo mismo.

Entonces, mientras volvía Mariquita, el maestro zapatero contó al marido de su hija los detalles del hallazgo.

El yerno, aunque mal, sabía leer y repasó los billetes. Ya no cabía duda; eran ricos, muy ricos, riquísimos. Habían cambiado de posición radicalmente; bien pronto cambiarían también aquel mísero cuartucho por un magnífico palacio; bien pronto tendrían coches, lacayos, títulos, honores.....

El fantasma de la vanidad había empezado á extender sus alas de humo so-

bre el cerebro de aquellos dos zapateros.

Quico, en un momento de entusiasmo, se creyó ya vestido de frac y trasportado á los salones de su suegro.

En aquel instante la tía Manuela dió un resoplido.

—Ya parece que la mamá vuelve en sí, exclamó Quirico con afectación.

El tío Cerote se puso colorado; pero comprendió que por alguna parte había que empezar á ser fino.

—Tu mamá, hijo mío, exclamó en el mismo lenguaje distinguido, está á mi juicio, mas grave de lo que parece.

Quico se preguntó entonces lo que cumple hacer á las personas de posición cuando se les pone grave la suegra; pero en aquel momento le vino á la cabeza otro fantasma mas negro que el anterior. El fantasma de la herencia, que, como es natural, va siempre vestido de luto.

Si mi suegra se muere, pensó, heredo la mitad del hallazgo; es decir, un millón.

El tío Cerote notó que su yerno se rasaba la cabeza.

—Sería una desgracia, dijo Quirico despues de dos ó tres rascaduras; porque con la muerte de la mamá habría que hacer particiones.

—¿Qué es eso de particiones? saltó el tío Cerote adivinando los pensamientos de su yerno. Aquí no hay nada que partir.

—Pero, papá ¿y los gananciales?

—¿Qué papá, ni que gananciales! ¡Aquí todo es mío!

—Menos lo que manden las leyes, saltó Quico cuadrándose y echando á un lado las buenas formas.

El tío Cerote miró á su yerno, y después echó ojo á una silla.

Afortunadamente, en aquel momento volvió en sí la tía Manuela; pero en cuanto bebió agua y se rehizo, salió con otra antifona de peor especie.

—Ese dinero no es nuestro, dijo; alguno lo ha perdido; hay que devolverlo.

El zapatero que conocía mucho á su mujer, temió otro disgusto.

—El dinero me lo he encontrado yo.

—Porque se le habrá perdido á otro.

—No tengo necesidad de averiguarlo.

—Te equivocas, y si no consúltalo con persona de conciencia.

—Ya tenemos la conciencia en puertas. Cuando yo digo que con tus beatas nos vas á volver locos.

—Lo que voy á hacer es que volvais los cuartos.

—Mira, Manuela, no me frias la sangre; yo soy mas honrado que todos los beatos juntos, y sé cumplir con mi deber sin rezar tantos rosarios como tú. Si el que ha perdido ese capital viniese, por ejemplo, preguntando por él, yo...

—Servidor de Vdes., dijo en aquel momento una voz en la puerta de la calle. ¿Me podrian Vdes., decir si se ha encontrado algun fajo de papeles!

El tío Cerote sintió que le faltaba la tierra de los piés.

El recién venido penetró en la entrada. Parecía un dependiente de comercio.

—Digo, repitió, si han visto Vdes. por casualidad un paquetito de....

—No, señor, saltó el tío Cerote tragando al mismo tiempo la saliva para que pasase el embuste.

—Sí, señor, saltó la tía Manuela sin

poder ya contenerse. Yo lo he encontrado, y no lo habia dicho á mi marido. Denos V. señas, y tome sus millones que aqui queremos ser cristianos antes que ricos.

El desgraciado remendon iba á dar un estallido, cuando le detuvo la carcajada mas estrepitosa que habia oido en su vida.

El hortera se apretaba los hijares.

—¿Pero es que han creido Vdes. que eran billetes de verdad? No, señora, ¡Si son billetes imitados que usamos para anunciar en el dorso nuestros chocolates!

Todos los hielos del polo norte derretidos en un momento sobre la cabeza del tío Cerote no le hubiesen dejado mas frio que lo dejaron aquellas palabras.

Afortunadamente su mujer habia salvado el *qué dirán*, suponiéndole ignora ante del hallazgo.

Cuando el tendero se hubo marchado, la tía Manuela miró á su marido, y su marido bajó los ojos.

En el alma del remendon pasó algo parecido á lo de San Pedro; solo que el pobre tío Cerote no tenia ningun gallo que le cantara.

Pero tuvo á su mujer que le estuvo cantando toda aquella noche para hacerle ver cuan falsa viene á ser siempre la honradez que no se funda en Dios, fuente de toda virtud.

Al dia siguiente era domingo, y antes del alba se abria la puerta del tío Cerote. Primero salia la tía Manuela acabándose de poner la mantilla. Despues salió el tío Cerote con una capa de cuello alto hasta las orejas.

—Facorro, que lo confieses todo y.... clarico.

—Ya lo sé.

Fué lo único que hablaron hasta llegar a la parroquia.

Momentos después las vanidades del tío Cerote se extinguían a los pies de un confesor, consumidas por el fervor de su arrepentimiento. Y diz que allí se quedaron también sus penas. Así es que aquella noche doña Ursula, la de la jaqueca volvió a oír aterrada sonar la alegre guitarra del zapatero; y luego la fresca voz de Mariquita que cantaba más alegre que nunca.

Del corazón de Cristo

brotó una fuente

que el agua de la vida

lleva a torrentes.

Sin ese agua,

no dan fruto las flores

de nuestras almas.

Fruto de una buena acción.

Ocurrió un día caluroso de Agosto por la tarde, que un mozo de unos quince años de edad subía fatigadísimo por una pendiente no lejos de Londres, cargado con un canasto lleno de objetos de mucho peso, que se le había mandado llevar a uno de los parroquianos de la casa donde él estaba de dependiente, que vivía en el campo. Como el joven no era de constitución robusta, la carga superaba sus fuerzas, y así tenía que pararse muchas veces a descansar para llegar a lo alto. Parecía que le fuera imposible vencer la pendiente, y con efecto cada vez que se paraba a descansar le parecía más pesado el canasto.

Había subido casi la mitad de la es-

ta con la carga, cuando pasó a su lado un caballero, el cual apenas le dejó atrás, volvió hacia él, le miró por un momento y le dijo de un modo bondadoso:

—¡Qué pesada carga llevas! buen muchacho: déjame ayudarte.

Y el caballero tomó el canasto y lo llevó hasta lo alto del cerro.

Estando allí, preguntó al muchacho:

—¿Crees ahora que puedes llegar con la carga a donde vas?

Y antes de recibir contestación añadió:

—Porque sinó, todavía te la llevaré hasta donde sea necesario.

—¡Oh! nó, señor, muchas gracias respondió el joven con una expresión de gratitud que brillaba en su cara juvenil y simpática. Ahora puedo, añadió, llevarla perfectamente, y estoy muy agradecido a V.

—Dios te guarde, buen muchacho, dijo el caballero y se fué.

Veinte años después, un hombre ya de edad, pero bien conservado, permanecía sin movimiento en una silla de brazos, con los ojos fijos en el fuego de la chimenea, muy meditabundo. Se hallaba solo y al parecer ocupado en profundas abstracciones, cuando se abrió de repente la puerta de la sala y apareció allí la esbelta forma de una joven cariñosa.

—Papá, dijo en voz baja y con dulzura, al tiempo mismo que colocaba blandamente una mano sobre el brazo de su buen padre. . . .

Continuará.